

«FUERA ROJOS,
VIVA BEETHOVEN»

Asalto a la casa de Massiel

● Hace tiempo, Massiel recibió, entre otros varios, un anónimo que acababa amenazando: «Cuando se arme otro 1936, nos acordaremos de usted. ¡Viva Hitler y Mussolini!», y ahora, cuando se ha asaltado su piso de Madrid, han pintado sobre un cuadro de la propia Massiel, flequillo y bigotes hitlerianos. Y no es que haya llegado otro 36 como decía el anónimo, sino que, por las buenas y sin que se pueda encontrar una explicación suficiente, dos jóvenes —que no llegaban a los diecinueve años— eligieron el domicilio de la cantante para hacer unas cuantas pintadas y atormentar gratuitamente a la asistenta —una chica de León de dieciocho años— que ahora se ve obligada a estar atendida en una clínica psiquiátrica, víctima de «shock» psíquico con traumas delirantes.



La cantante muestra el aspecto de su cocina tras la imprevista visita de que fue víctima.

Mientras los dos jóvenes estaban en el domicilio de Massiel (la asistenta, amordazada en un sillón), llegó la cantante acompañada de la portera y un técnico de televisión que la ayudaban a transportar unos paquetes. Los dos jóvenes, cuchillo y pistola en mano, que habían entrado en la casa diciendo que eran de la Policía y que ya habían pintado unas cuantas cruces gamadas por toda la casa, las siglas del PENS, los bigotes antes citados y un texto de afirmación estética sobre el piano que hay en una de las habitaciones: «Beethoven, sí», obligaron a sentarse a los nuevos llegados. Según decía la criada, y según confirma la propia Massiel, «ellos estaban más nerviosos que nosotros». Quizá por eso aseguraron que había otros compañeros en el mismo piso (lo que luego se comprobó no era cierto) y más esperando en la calle. «No querían



Una de las habitaciones de la casa de Massiel, tras el asalto: pintadas en el piano, cuadros, espejos, cama...

nada —dice Massiel—; les sorprendió mi llegada. Pero me dijeron "volveremos en otra ocasión". Uno de ellos iba encapuchado con un pasamontañas. La pistola tenía silenciador. En un momento dado, me dijeron: "No somos lo que parecemos, cumplimos órdenes", y ya cuando se marchaban (con la ga-

grabó durante el interrogatorio de la Policía, que llegó avisada por el abogado de la cantante. Si la chica oye un timbre, ve a alguien vestido de verde (color del traje del pasamontañas) o ve una cruz —incluso la ambulancia que la transportó al hospital— grita desesperada. «Pintaban una cruz con patas, señorita, una cruz con patas...».

Massiel venía de trabajar cuando llegó a su casa, circunstancia que fue recogida, al parecer, por el asaltante de la pistola: «Ya comprendemos que sois todos unos trabajadores, que no sois unos burgueses. Hubiera sido de otra forma la cosa...».

Y así quedó todo. Pintadas en la nevera, en algunos espejos («Roja»), en el piano, en cuadros, robo de tres relojes —estaban muy preocupados por saber qué podía haber

dentro de ellos—, la amenaza de volver, pintadas en la ropa (el famoso abrigo de chinchilla de Massiel —el eurovisivo abrigo del «La, la, la»—, tiene ahora en una manga una espléndida cruz gamada en rojo), una chica en un sanatorio con un largo proceso curativo por delante... Balance de un acto más, de inequívoca significación que fue, sin embargo, resumido por algunos periódicos madrileños y por TVE de una forma sutilmente diferente. Se decía que en la casa de Massiel, un grupo de desconocidos había escrito «frases subversivas». Pero no es ese el tono: la «subversión», oficialmente, tiene otra tendencia. Y no es la que ha atentado contra nuestra Massiel de España, varias veces condecorada. ■ D. GALAN. Fotos: OSCAR WEINBERG.

TRABAJADORES DEL MAR

15.000 firmas para una reivindicación urgente

● En algo más de cuarenta y cinco días, un grupo de esposas de marinos han conseguido recoger 15.000 firmas de trabajadores del mar (mercante y pesca) y familiares en apoyo de una campaña pidiendo dos meses de vacaciones por cada cinco de mar. El marino no descansa los sábados, ni los domingos, ni los festivos, se pasa largos meses alejado de su familia, marginado de la sociedad. Paliar este alejamiento es el objetivo prioritario de las luchas de los hombres del mar. El problema número uno. La campaña de las mujeres —la organización de los propios trabajadores es todavía muy incipiente por las características de la profesión— ha encontrado una recepción extraordinaria en los buques y en los hogares de quienes Rosalía de Castro llamó «viudas con marido vivos».

La campaña ha estado organizada en forma de petición al minis-

tro de Trabajo: «Dos meses de vacaciones cada cinco de mar, para todas las categorías y a salario completo». El día 21 de julio, doce mujeres en representación de todas las mujeres de marinos del Estado español se presentaron en Madrid para hacerle entrega al ministro de Trabajo de las 15.000 firmas que avalan su petición.

La entrevista solicitada con el ministro tuvo que ser encauzada, como condición imprescindible, por los llamados «cauces legales». Es decir, las mujeres se vieron obligadas a hacer escala en el Sindicato Nacional de la Marina Mercante, previamente a la entrega de firmas al señor Suárez. El Sindicato ha sido totalmente ajeno a la campaña. Sin embargo, cuando el lunes por la mañana las doce mujeres hablaron con el presidente de la sección social del Sindicato, se encontraron con la sorpresa de que el señor Maqueda «había preparado» una

petición igual a la de la campaña. El paso por el Sindicato vertical culminó con la visita al presidente del Sindicato, cargo que en la actualidad ostenta un armador. La más alta jerarquía sindical de la Marina Mercante, según contaron posteriormente las mujeres, se mostró escasamente cordial, agresivo en sus palabras, displicente en su actitud. Para nadie es un secreto que el Sindicato Nacional de la Marina Mercante es de los Sindicatos verticales con menos implantación entre los trabajadores.

Por la tarde, debidamente acompañadas de las jerarquías sindicales que las habían recibido horas antes, las mujeres llegaron al despacho oficial del señor Fernando Suárez. A lo largo de toda la entrevista, los cargos sindicales presentaron la petición como una cosa suya, lo que no dejó de molestar a las protagonistas de la campaña. Por su parte, el señor ministro se mostró «comprensivo» y «preocupado» por los problemas de los marinos.

«¿Qué respuesta hemos de dar a las quince mil firmas que representamos?», preguntaron las mujeres. La respuesta del señor Suárez —textual— fue que quedaba «mentalizado» del problema, que él se debía al Gobierno, que haría lo posible para atender la petición, pero que antes debía escuchar «a la otra parte», a los armadores. Se habló de enero de 1976 para una decisión del Gobierno.

De vuelta a sus respectivos puntos de origen, las mujeres hablaban de decepción, de la incomprensible actitud del presidente del Sindicato Nacional de la Marina Mercante —incomprensible y reveladora—, de la lucha que hay que seguir manteniendo para la consecución de sus reivindicaciones y de la experiencia de un día en la capital del reino. Experiencia que no ha sido en vano. ■ J. ZAMORA TERRES.

PALMA DE MALLORCA

«Parc, sí»- «Parking, no»

● El caso del parque y el «parking» tiene su antecedente en las obras de rellenado de parte de la bahía palmesana, que tuvieron lugar —hace un decenio— para construir el trozo de autopista urbana comprendido entre el final del Paseo Marítimo y el comienzo de la autopista al aeropuerto, en la barriada de El Molinar.

Una vez finalizada la autopista se pensó poblar la zona de tierra comprendida entre ésta y el antiguo borde de contacto marítimo con una zona verde, para lo cual se encargó la confección de un proyecto a un equipo de técnicos, quienes lo redactaron entre 1967 y 1969. El proyecto inicial fue considerado positivo por Gabriel Alomar y Guillermo Rosselló-Bordoy, conocido ar-

quitecto el primero y director-delegado provincial de Bellas Artes el segundo. Pocos fueron las propuestas y alegaciones que se presentaron durante el periodo de información pública, al que siguió una modificación, que comprendía la ampliación de las plazas de aparcamiento previstas inicialmente. Esta modificación hubo de ser sacada nuevamente a información pública, y, posteriormente, se celebró concurso-subasta, al que únicamente acudió la compañía actualmente concesionaria, constituida poco antes con el fin aparente de obtener la concesión. Entre las condiciones puestas por la concesionaria figura la de realizar primero los aparcamientos y luego el parque. Nueva información pública, y la opinión popular, por los motivos antes indicados, no se deja oír sino a través de tímidas cartas a los directores de la prensa local.

Mientras tanto, ofrecimientos efectuados por Miró y Sert para su colaboración desinteresada son desoídos y no tenidos en cuenta, hasta que, por influencia de la prensa local, el asunto empieza a adquirir entidad pública y popular. Hay opiniones para todos los gustos a favor y en contra del proyecto y de las personas relacionadas directa o indirectamente con él. Llega a haber roces entre el arquitecto Alomar y el alcalde, y algunos malentendidos, que finalmente son superados. Posteriormente, el alcalde lanza un desafío alrededor de la maqueta del proyecto, y se constituye una comisión artística para el parque. El alcalde se muestra dispuesto a aceptar las sugerencias, siempre que no supongan una sangría económica importante para el presupuesto municipal.

Hay ofrecimientos de Chillida, Sempere y Pablo Serrano, entre otros, para donar obras suyas, a condición de que sea retirado el proyecto y aceptado el criterio propuesto por Miró-Sert.

Los ingenieros redactores del proyecto acuden, uno a primeros de junio y otro a mediados de julio, al periódico local del Movimiento, y publican sus versiones particulares en defensa del proyecto. La otra prensa local publica casi diariamente algún texto relacionado con los aparcamientos de superficie y con el conjunto del parque.

Así las cosas, los acontecimientos se aceleran los últimos días; una comisión de seis personas, entre las que figura el sociólogo Tarabini, visita al alcalde y le hace entrega de 175 folios con más de cuatro mil firmas, acompañando un escrito que dice: «Un grupo de palmesanos, preocupados por la trayectoria que están siguiendo las obras del Parque de Mar y preocupados también por la repercusión que esto tiene para nuestra ciudad, nos dirigimos a las autoridades competentes para hacer valer nuestros derechos como ciudadanos». Siguen tres puntos, en los que se pide que el Ayuntamiento anule radicalmente el proyecto actual y lo encargue a Sert y Miró, que el Ayuntamiento anule cualquier intento de instalación y uso de un aparcamiento en la zona, y, finalmente, que en caso de no conseguirse lo anterior, dimitan el alcalde y los concejales. Este escrito estaba fechado el día 17 de julio. Días antes había sido presentada una solicitud ante el Gobierno Civil para poder realizar una manifestación pública, específicamente de protesta contra el aparcamiento, el

día 19. La ciudad empezó a ser escenario de jóvenes que vestían camisetas amarillas serigrafiadas con las inscripciones en lengua vernácula «Parc sí», en el pecho, y «Parking no», en la espalda.

Horas antes de la prevista para la manifestación, según la solicitud, llegaba la denegación a su celebración, que sólo pudo ser hecha pública en el periódico vespertino, dada su proximidad. No hubo manifestación legal, pero sí conatos y presencia de la Fuerza Pública en actitud preventiva y disuasiva. Algunos grupos pequeños fueron invitados a disolverse. Las camisetas-protesta eran numerosas. Los responsables de organizaciones nada subversivas, como Patronato Obrero de San José, Obra Cultural Balear, Justicia y Paz, Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de Cataluña y Baleares, Colegio de Agentes Comerciales de Mallorca e Ibiza y Juventud Seráfica —firmantes de la solicitud de permiso gubernativo para poder celebrar la manifestación—, junto con las editoriales Moll y Papeles de Son Armadans, ocho librerías, seis galerías de arte, un colegio femenino de religiosas, la sección filial de un Instituto de Enseñanza Media, siete comercios y las juntas promotoras de cinco asociaciones de vecinos no pudieron llevar a cabo su intento de manifestación pacífica autorizada, pero se enteró media España y se enteraron el alcalde y los concejales de cuál es el sentir popular respecto del polémico proyecto.

Dos días más tarde, 21 de julio, tenía lugar Pleno municipal, y había de ser abordado el tema del parque. La sala se llenó, hubo abucheos y aplausos. El alcalde amenazó varias veces con desalojar la sala. Parece ▶

